



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

HOMILÍA SÍNODO DE LA SINODALIDAD

17 de octubre de 2021.

Muy apreciados hermanos:

Este mes Octubre, está repleto de celebraciones: el 07, celebramos a la Patrona de la Diócesis, Nuestra Señora del Rosario; Es el mes de las misiones, el próximo domingo es el DOMUND: Domingo Mundial de las Misiones, cuyo lema es «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20): y que es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón. Esta misión es y ha sido siempre la identidad de la Iglesia: «Ella existe para evangelizar» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14). Nuestra vida de fe se debilita, pierde profecía y capacidad de asombro y gratitud en el aislamiento personal o encerrándose en pequeños grupos; por su propia dinámica exige una creciente apertura capaz de llegar y abrazar a todos. El domingo pasado, a nivel universal, el Papa inauguró el Sínodo de la Sinodalidad; y hoy, todas las iglesias particulares se unen al Santo Padre para inaugurar el Sínodo, a nivel diocesano.

Pidamos al Señor, la gracia de estar en sintonía con la Iglesia Universal, con el Papa. Que nos sintamos corresponsables en la evangelización, pues a todos el Señor nos dijo: “vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio” y ese es nuestro gran deseo: que Jesús sea conocido, amado y servido. Que seamos una iglesia en salida misionera, que es el gran deseo del Papa.

Cada domingo, al celebrar la santa misa, se proclaman varias lecturas de la Palabra de Dios, la cual, en boca de San Pablo es “*útil para enseñar, para persuadir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre sea perfecto y esté preparado para hacer el bien*” (2Tm. 3,16).

Y la Palabra nunca ocultó los defectos de los hombres, que Jesús eligió para que fueran sus apóstoles, fundamentos de la Iglesia. La Palabra nos da a conocer la infidelidad y avaricia de Judas, que vende al Señor por 30 monedas de plata; la incredulidad de Tomás; la impulsividad de Pedro; la cobardía de todos, excepto de Juan, durante la pasión. De la única

persona que la Palabra no dice ninguna falta, ni pecado, es de María, porque ella es inmaculada, sin pecado.

Hoy, la Palabra, pone a nuestra consideración el tema de las debilidades de los apóstoles y de nuestras propias debilidades. Y nos da a conocer la soberbia de los hijos de Zebedeo, que piden a Jesús que los siente uno a su derecha y otro a su izquierda. Y la indignación del resto de los apóstoles, que quizás tenían esa misma aspiración. Y Jesús, con paciencia y firmeza, les explica bien cuál es su misión y cuál es la misión de sus apóstoles: *“el que quiera ser grande entre ustedes que sea su servidor, y el que quiera ser el primero, que sea el esclavo de todos, así como el Hijo del hombre, que no ha venido a que lo sirvan, sino a servir y a dar su vida por la redención de todos”*.

Como seguidores de Jesús, podemos identificarnos con el comportamiento de esos apóstoles, pues también, en nuestro apostolado, podemos creernos mejores que los otros. Muchas veces, a pesar de los esfuerzos y los buenos propósitos que tenemos, a menudo, como a los apóstoles, surgen de nuestros corazones sentimientos que no queremos, y que despreciamos. Como dice el apóstol San Pablo: *“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago”* (Rm 7, 19). De ahí, que podamos preguntarnos: ¿de dónde provienen nuestras debilidades? ¿Por qué, con frecuencia, caemos en los mismos pecados?

La Iglesia, teniendo presente la Sagrada Escritura, nos da la respuesta. Nos dice que, a pesar del bautismo (que borra el pecado original) queda la concupiscencia (la inclinación al mal), que procede del pecado y al pecado inclina. Y esto se potencia con la vida poco virtuosa que lleva la mayoría de las personas, que se hacen esclavas de las pasiones. Y se produce una batalla en nuestro interior entre el mal que no queremos hacer y el bien que queremos hacer.

La experiencia del pecado, de la debilidad, de las propias miserias, está patente en la historia del mundo, y en la historia personal de cada hombre. *“Nadie se ve enteramente libre de su debilidad, de su soledad y de su servidumbre, sino que todos tienen necesidad de Cristo, modelo, maestro, salvador y vivificador”* (AG, 8).

Cada uno de nosotros es como un vaso de barro, que contiene un tesoro de gran valor que no debe perder. Un vaso de barro se rompe con facilidad, pero por la misericordia de Dios, el daño es siempre reparable.

Pero no solamente podemos quedarnos con esta verdad, la de nuestra propia debilidad; sino que debemos aprovechar nuestras miserias y flaquezas, para crecer en humildad, porque nos ayudan a tener un

conocimiento más profundo de nosotros mismos. Como afirmaba San Francisco de Sales: *“Benditas imperfecciones que nos hacen reconocer nuestras miserias, nos ejercitan en la humildad, en el desprendimiento de nosotros mismos, en la paciencia y en la diligencia”*.

Nuestras debilidades nos ayudan a tener más confianza en la misericordia divina, pues sabemos que sin el Señor no podemos hacer nada. ¡Que el Señor es nuestro baluarte, escudo y roca! Y nos ayudará a fomentar los deseos de acudir con frecuencia al sacramento de la penitencia. *“Cuando tu corazón caiga levántalo, humillándote profundamente ante Dios con reconocimiento de tu miseria, sin maravillarte de haber caído, pues no tiene nada de admirar que la enfermedad sea enferma, la debilidad débil y la miseria mezquina. Sin embargo, detesta con todas tus fuerzas la ofensa que has hecho a Dios y, con valor y confianza, prosigue el camino de la virtud que habías abandonado”* (San Francisco de Sales).

Debemos aprovecharnos de nuestras debilidades, para afianzarnos en la perseverancia. Cada caída nos debe hacer más prudente, y nos pone en guardia de cara al futuro en nuestra vida espiritual. Una debilidad nos debe llevar a poner los medios cuanto antes para salir de ella, evitando que vuelva a suceder.

Y nuestras propias debilidades, nos ayudan a ser más comprensivos con las debilidades de los demás, a evitar juicios temerarios, y nos llevará a tender la mano. Nunca podemos decir “de esta agua no beberé”, pues como dice San Agustín: *“no hay pecado ni crimen cometido por otro hombre que yo no sea capaz de cometer por razón de mi fragilidad; y si aún no lo he cometido es porque Dios, en su misericordia, no lo ha permitido y me ha preservado del mal”*.

Tanto los apóstoles como los santos, se han sentido instrumentos pobres, incapaces, pero han permitido que Dios actuara en sus vidas. Se cuenta en la vida de Santa Teresa de Calcuta, que un enviado del Papa le preguntó ¿cómo se define usted? Y ellas respondió: *“soy un lápiz en las manos del Señor”*. Y esto es una gran verdad, pues así como el lápiz: para hacer algo bueno, necesitamos de la mano de Dios, que nos guíe; de vez en cuando, es necesario que nos saquen punta, para escribir mejor, y eso nos causa dolor, pero nos purifica; nos equivocamos, y por eso debemos borrar nuestras faltas con la penitencia; lo más importante que tenemos es nuestro interior, como lo más importante es el grafito; y así como el lápiz deja huellas, así también nosotros, estamos llamados a ser grandes, y a escribir una bella historia de amor.

Queridos hermanos, en medio de esta crisis, agravada por la pandemia, iniciamos este Sínodo de la Sinodalidad, teniendo en cuenta las tres palabras que el Papa Francisco nos propuso:

Encuentro, que “requiere apertura, valentía, disponibilidad para dejarse interpelar por el rostro y la historia del otro. Mientras a menudo preferimos refugiarnos en relaciones formales o usar máscaras de circunstancia, el Espíritu Clerical, de corte: son más 'Señor Abad' que padre. Usar estas máscaras de circunstancias, el encuentro nos cambia y con frecuencia nos sugiere nuevos caminos que no pensábamos recorrer”.

Escucha: el Papa nos pide que “nos pongamos a la escucha de las preguntas, de los afanes, de las esperanzas de cada Iglesia, de cada pueblo y nación. Y también a la escucha del mundo, de los desafíos y los cambios que nos pone delante. No insonoricemos el corazón, no nos blindemos dentro de nuestras certezas. Las certezas muchas veces nos cierran”.

Discernimiento: “El sínodo es un camino de discernimiento espiritual, de discernimiento eclesial, que se realiza en la adoración, en la oración, en contacto con la Palabra de Dios. La Palabra nos abre al discernimiento y lo ilumina, orienta el Sínodo para que no sea una “convención” eclesial, una conferencia de estudios o un congreso político, sino un acontecimiento de gracia, un proceso de sanación guiado por el Espíritu Santo”

Queridos hermanos, pongámonos en camino juntos, sinodalmente, con Jesús, y tengamos presente que “Dios ha elegido lo que el mundo considera necio para confundir a los sabios, ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes, ha elegido lo vil, lo despreciable” (1Cor 1, 27), de modo que se vea claramente que es obra de Dios todo lo que hacemos. Así sea.

† **Ángel Francisco Caraballo Fermín.**
Obispo de Cabimas